

mada edad de oro, en la cual la fraternidad universal reinó entre los hombres; y si no es más que dudoso que tal edad haya existido, bien se puede asegurar que de todos modos se ha extinguido para siempre. El *ve victis* de Breno, amenazando á los Romanos en las ruinas de Roma, no resonó jamás de un modo tan duro en los oídos del hombre, como en nuestra edad presente. La humanidad ha entrado en una edad de hierro en la cual todo lo débil ha de perecer fatalmente (1).

(1) Dejemos aparte las fatídicas conclusiones de este capítulo, propias de un hombre que pertenece á una escuela que no sabe ver las transformaciones políticas que se están verificando en las sociedades

europas, y que preparan un cambio de civilización. Esa escuela es muy pretenciosa, porque ha descubierto media docena de fórmulas teatrales, con que cree renovar y profundizar la historia. Pero nuestro objeto no es atacar las conclusiones inexactas y ciegas que acabamos de traducir, porque son demasiado inofensivas para requerir tal trabajo. Lo que nosotros queremos señalar á los lectores es el silencio que el autor guarda con respecto al trato que la nación francesa da á los orientales que se hallan bajo su dominio, como argelinos, tunecinos y cochinchinos; todos los cuales son casi las víctimas del egoísmo y brutalidad francesas, como los hindus y egipcios de los ingleses. Conste, pues, que todo lo que dice Mr. Le Bon de lo que sufren los Orientales que tienen la desgracia de estar en contacto con los europeos, todo, todo absolutamente es cierto; pero que debe extenderse á los franceses lo que se aplica tan sólo á los ingleses. Hay, sin embargo, entre ambos grupos una diferencia: la crueldad de los ingleses halla á veces entre ellos hombres de conciencia que protestan y anatematizan en libros y periódicos, denunciando las infamias de sus compatriotas; y entre los franceses no se estila más que explotar, embolsar y callar.

(N. del T.)

CAPITULO II

CAUSAS DE LA GRANDEZA Y DECADENCIA DE LOS ARABES.—ESTADO ACTUAL DE ESTOS

I

CAUSAS DE LA GRANDEZA DE LOS ÁRABES

Terminaremos nuestra historia de la civilización de los Arabes resumiendo, en un punto de vista general, las causas de su grandeza y de su decadencia.

Como factor preparatorio de la grandeza árabe, descuella el momento en que aparecieron.

Tanto para los individuos, como para los pueblos, este factor preparatorio tiene una importancia grandísima, pues muchas cualidades no pueden desarrollarse sino en momentos especiales; y así como Napoleón no hubiera sido señor de Europa á nacer en tiempo de Luis XIV, del mismo modo, si Mahoma hubiese nacido en tiempo del poder romano, los Arabes no hubieran de seguro salido nunca de Arabia, quedando desconocidos de la historia.

Mahoma nació en un momento propicio; y ya demostramos que cuando apareció, el viejo orbe se desquiciaba, y que bastó que los adeptos del profeta lo tocasen, para que se derrumbase.

Pero no basta derribar un imperio para fundar una civilización; y la prolongada impotencia de los Bárbaros, que heredaron la civilización de los Romanos en Occidente, como los Arabes la heredaron en Oriente, demuestra la dificultad de la empresa. El factor preparatorio que acabamos de citar, hacía posible la creación de un imperio nuevo, y de una nueva civilización; pero no era posible crearlo sin el concurso de otros factores esenciales, que ahora debemos determinar.

Entre los que mencionaremos en primera línea está la influencia de la raza.

Hemos puesto de manifiesto que lo que sobre todo caracteriza á una raza consiste en cierto

número de sentimientos y aptitudes parecidas, que coexisten en sus individuos y tienden á producir el mismo resultado.

Este conjunto de sentimientos comunes, creado por lentas acumulaciones hereditarias, es decir, el carácter nacional, representa la herencia de un pasado que cada uno de nuestros antecesores contribuyó á crear, y que nosotros contribuimos igualmente á aumentar para nuestros descendientes; la cual, si varía mucho de uno á otro pueblo, varía poco en uno mismo.

Cada generación modifica indudablemente estos elementos fundamentales del carácter nacional; pero de un modo tan lento, que se requiere el concurso de muchos siglos para que la suma de las ligeras transformaciones produzca un cambio sensible. La educación, el centro y las circunstancias parecen á veces causar algunas modificaciones rápidas, pero son efímeras.

En realidad, los caracteres morales é intelectuales de una raza son tan estables como los caracteres físicos de las especies. Hoy en día sabemos que éstos llegan á cambiar al cabo de mucho tiempo; pero que cambian con tal lentitud, que antes los naturalistas los consideraban como absolutamente invariables.

He procurado demostrar en otra obra que, no la inteligencia, sino la asociación inconsciente de los sentimientos que forman el carácter, es el móvil fundamental de la conducta; y por consiguiente es necesario comenzar por su estudio para llegar á explicarse el papel que los individuos ó que los pueblos desempeñaron en la historia. «El amor de las revoluciones y la facilidad de emprender guerras sin motivo, y dejarse abatir por los reveses» que César observó antiguamente entre nuestros antepasados, explican muchos sucesos de nuestra historia.

Sería fácil probar históricamente que las con-

secuencias del carácter varían según las circunstancias; y que las cualidades y los defectos que han engendrado en cierta época la grandeza de un pueblo, pueden acarrear en otra su decadencia. Los Arabes nos dan un ejemplo de esto. Pero dentro de la divergencia de los efectos un análisis bastante penetrante descubre fácilmente la identidad de las causas. Diríase á primera vista que hay un abismo entre un griego del tiempo de Pericles y un bizantino del Bajo Imperio; y en el concepto social hay verdaderamente un abismo. Pero el fondo del carácter es idéntico, no habiendo variado más que las circunstancias en que se ha desplegado. Al manifestarse en otro centro y en otra época, la finura y sutileza filosóficas y el bello lenguaje del griego se han convertido en las astutas perfidias, los distingos teológicos y la charla inútil del bizantino. El inquisidor de la Edad media con su fe ardiente y sus violentos instintos conservadores, y el jacobino moderno, con su ateísmo feroz y sus instintos revolucionarios, quizá parezcan muy diferentes; aunque basta un momento de reflexión para conocer que el segundo es pariente muy cercano del primero, no habiendo entre ambos otra diferencia que el cambio de nombre de la creación.

A estos elementos fundamentales del carácter nacional, tan inmutables como las vértebras de los vertebrados, se junta siempre una multitud de elementos accesorios, tan variables como pueden serlo la estatura, la conformación corporal y el color de los vertebrados; elementos que con razón obligan á decir que el gusto y las ideas cambian de una época á otra. Pero ninguno de estos cambios alcanza á los elementos fundamentales del carácter, que pueden ser comparados con la roca batida sin cesar é inútilmente por las olas; al paso que los elementos secundarios se parecen á las capas de arena, de conchas y vegetales, que las mismas olas dejan al pie de la roca, y que se llevan poco después.

Resulta de lo precedente que tan sólo el estudio de los elementos fundamentales del carácter nacional dará apoyo á la historia para que sepa diferenciar á los pueblos. Hemos descrito suficientemente los elementos fundamentales de los Arabes, y sería inútil volver á tratar de ello. Dejando aparte lo que se ha dicho de su inteligencia, entusiasmo y aptitudes artísticas y literarias, sin las cuales no se habrían nunca elevado hasta la civilización; no recordaré más que lo concerniente á sus inveteradas costum-

bres guerreras; en atención á que esto nos da un ejemplo notable de lo que más arriba decíamos acerca de que, según las circunstancias, las mismas costumbres pueden engendrar resultados opuestos. Tan arraigadas estaban aquéllas con los Arabes, que la Arabia no era antes de Mahoma sino un continuo campo de batalla. Cuando bajo la influencia de una creencia común volvieron sus fuerzas contra los extranjerros, esas costumbres guerreras fueron una de las causas esenciales de su triunfo. Pero cuando ya no tuvieron enemigos á quienes combatir, debieron, por obedecer á su temperamento batallador, volver sus armas unos contra otros; de modo que los mismos instintos que habían asegurado su grandeza fueron causa de su decadencia (1).

Pero por la misma razón que el carácter puede á veces producir resultados tan diferentes, es evidente que este elemento, por grande que sea su importancia, no basta á explicar por sí sólo la evolución de un pueblo; pues las circunstancias y otros muchos factores tienen una influencia considerable.

Al frente de todos los factores que aún debemos estudiar se halla aquel á quien se debe la reunión en un solo pueblo de todas las tribus, antes tan divididas, de los Arabes; la religión creada por Mahoma; la que dió un ideal común á pueblos que carecían de él, y un ideal capaz de inspirar un ardor tan grande á los discípulos del profeta, que todos estaban dispuestos á sacrificar su vida por él.

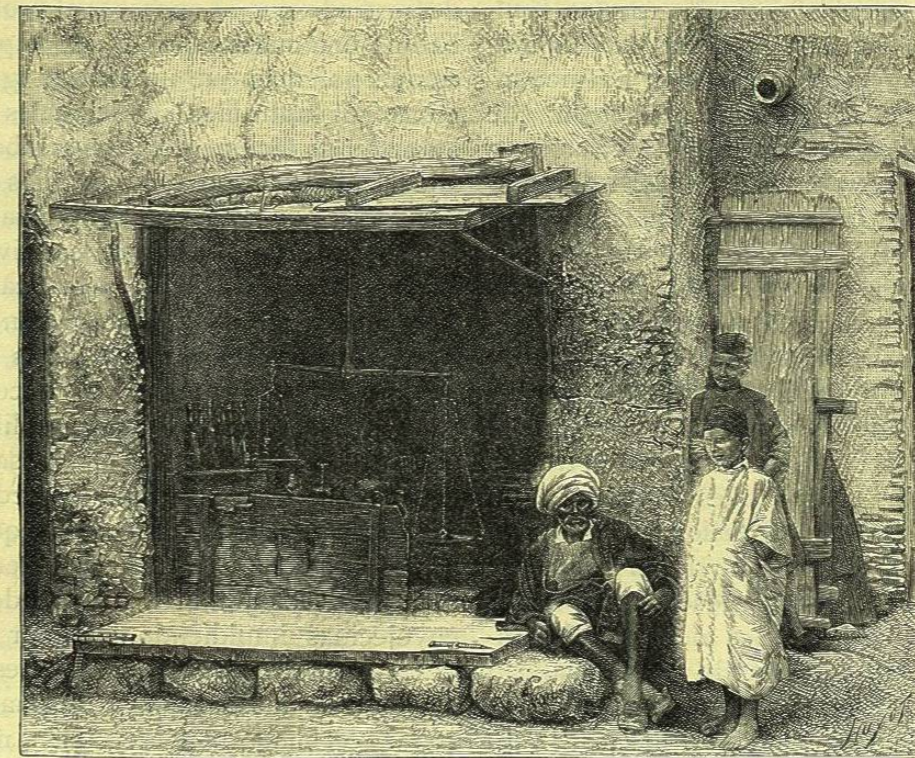
He tenido ocasión de repetir varias veces que el culto de un ideal, de cualquier género que sea, es uno de los más poderosos factores de la evolución de las sociedades humanas; pues su poder es bastante grande para dar á un pueblo sentimientos comunes, esperanzas comunes y una fe tan viva que cada uno está dispuesto á sacrificar su vida con objeto de hacerlo triunfar. El ideal de los Romanos consistía en la grandeza de Roma, y el de los cristianos en la esperanza de llegar á una vida futura sembrada de delicias. El hombre moderno ha imaginado divinidades nuevas, tan quiméricas para muchos como los antiguos dioses; pero á quienes con razón levanta estatuas, y cuya influencia benéfica bastará quizá á sostener por algún tiempo

(1) La aplicación de esta teoría á los Arabes no es cierta, puesto que siempre tuvieron enemigos á quienes combatir, lo mismo en Europa, que en Africa y Asia. Los Arabes distaron mucho de conquistar el mundo; ni el mundo que ellos mismos conocían; y así no hay que buscar, en lo que dice el autor, la causa de su ruina, la cual deriva sobre todo de su organización política. (N. del T.)

á las antiguas sociedades en su decadencia. La historia es tan sólo la relación de los acontecimientos que el hombre ha realizado persiguiendo un ideal; pues sin la influencia de éste, el hombre viviría aún en la barbarie, y todavía no habría civilización. La decadencia empieza para un pueblo el día en que ya no posee un ideal universalmente respetado y en defensa del cual no estén todos dispuestos á dar su vida.

El ideal creado por Mahoma fué exclusivamente religioso, y el imperio fundado por los Arabes presenta el fenómeno particular de haber sido el único grande imperio, constituido en nombre de una religión, de la cual hizo derivar todas sus instituciones políticas y sociales.

¿Ese factor omnipotente, el ideal, aun añadiéndole los demás que hemos enumerado, explica por sí solo la grandeza de los Arabes? De ningún modo; sin embargo, tenemos ya más ade-



Mercader tunecino.—De fotografía

lantada la explicación que un instante antes. El viejo mundo se ha derrumbado; un pueblo, henchido de cualidades guerreras, y formado en una sola haz por creencias comunes, va á comenzar su conquista; pero todavía ha de conquistarlo, y después tendrá que conservarlo.

Ya hemos visto cómo se verificaron las conquistas de los Arabes; de qué modo, después de salir de Arabia, y quedar en los primeros encuentros derrotados por los herederos del poder greco-romano, no perdieron un momento la esperanza, y aprendieron en la escuela de sus vencedores; de modo que cuando en el arte militar llegaron á igualar á éstos, el éxito no podía ser dudoso. Cada soldado del ejército árabe estaba dispuesto á dar la vida por hacer triunfar la idea bajo cuya égida combatía; mientras que en el ejército de los Griegos habían

muerto tiempo hacía la abnegación, las creencias y el entusiasmo.

Si los primeros triunfos hubiesen enorgullecido á los Arabes, conduciéndolos á cometer esos excesos, tan habituales en los conquistadores, sobre todo los excesos de tratar duramente á los vencidos, é imponerles á la fuerza la nueva fe que querían extender por el mundo, hubieran concitado en contra suya á todos los pueblos. Pero los Arabes esquivaron hábilmente este escollo peligrosísimo, que los cruzados no supieron más adelante evitar, cuando entraron á su vez en Siria; y con un genio político, rarísimo entre los adeptos de un nuevo culto, los primeros califas comprendieron que las instituciones y las religiones no se imponen por la fuerza; y ya hemos visto que doquiera entrasen, ya fuese en Siria, ya en Egipto, ó en Es-

paña, trataban á las poblaciones con todo miramiento, dejándoles sus leyes, instituciones y creencias, sin más obligación que pagarles un ligero tributo, casi siempre inferior al que antes satisfacían. Nunca vieron los pueblos, conquistadores tan tolerantes, ni religión tan suave.

Esta tolerancia y mansedumbre, que los historiadores no han sabido reconocer, fueron una de las causas de la rapidez con que se propagaron las conquistas de los Arabes y la razón principal de aceptarse en todas partes fácilmente su culto, instituciones y lengua; las cuales ya sabemos que se arraigaron tan hondamente en los pueblos que las adoptaron, que en seguida resistieron á todas las invasiones y á la salida de los Arabes de la escena del mundo. Este fenómeno es sobre todo sorprendente con respecto á Egipto, del cual los Griegos, Persas y Romanos que lo dominaron no habían logrado nunca derribar la antigua civilización faraónica para sustituirla con la suya.

Además de la tolerancia de los Arabes y de la mansedumbre de su dominación, otras causas contribuyeron también á asegurar el triunfo del Corán y de las instituciones que de él emanan. En efecto, dichas instituciones eran demasiado sencillas para que no estuviesen fácilmente en correspondencia con las necesidades, igualmente sencillas, de las clases medias de las poblaciones invadidas; y cuando por casualidad no podían adaptarse exactamente á éstas, los Arabes no vacilaban en modificar las instituciones hasta ponerlas en armonía con ellas. Así fué como con un solo Corán las instituciones musulmanas de la India, de la Persia, Arabia, Africa berberisca y Egipto contenían á veces grandes diferencias.

Llegado hemos al momento en que los Arabes terminaron la conquista del mundo; pero nuestra tarea no acaba aquí; pues el período de las conquistas no es más que una fase de la historia de los discípulos del profeta; los cuales fundaron entonces una nueva civilización, que los factores, citados antes, no pueden explicarnos; por cuyo motivo fué necesario que interviniesen otros elementos.

Dos causas dominantes dieron origen á esta civilización; el nuevo centro en que se hallaron los Arabes, y sus aptitudes mentales.

Ya hemos descrito el centro. Apenas salen de sus desiertos, se hallan en contacto con las obras, para ellos maravillosas, de la civilización greco-latina, y comprendiendo su propia supe-

rioridad intelectual, como habían comprendido la militar, procuraron luego igualarla.

Pero no se asimila una civilización avanzada, sin poseer un entendimiento cultivado, según lo demuestran los vanos esfuerzos que durante siglos hicieron los Bárbaros para apropiarse los restos de la civilización latina. Afortunadamente los Arabes no eran bárbaros; pues aunque ignoremos lo que fué su civilización en aquella época, muy anterior á Mahoma, en que comerciaron con el resto del mundo; ya hemos demostrado que al aparecer el profeta disfrutaban de una cultura literaria de importancia. Así es que por más que un letrado ignore muchas cosas, sus aptitudes intelectuales le permiten aprenderlas fácilmente; y los Arabes estudiaron aquel mundo tan nuevo para ellos con el mismo ardor con que lo habían conquistado.

Además en el estudio de esa civilización, entre la cual se hallaban tan bruscamente transportados, los Arabes no se sentían contrariados por ninguna de esas influencias tradicionales que hacía tanto tiempo desconcertaban á los Bizantinos; de modo que esta libertad de su inteligencia fué una de las causas del rápido éxito con que aprendieron. Sucede frecuentemente en la vida de los pueblos que la influencia del pasado, después de representar un papel útil, sujeta los hombres al yugo de tradiciones envejecidas, impidiendo el menor progreso.

La natural independencia del espíritu de los Arabes, su imaginación y originalidad se manifestaron luego con creaciones nuevas; y ya hemos demostrado que poco tiempo les bastó para imprimir á la arquitectura y á las artes, entretanto que llegaba al día de imprimirlo á las ciencias, aquel sello personal que á la simple vista distingue sus obras. La filosofía especulativa de los Griegos no estaba en armonía con su talento; y así se ocuparon poco de ella; pero en cambio las artes, las ciencias y la literatura fueron su estudio favorito, y los progresos que hicieron en estos ramos quedan ya bastante descritos.

Tales fueron las causas esenciales de la grandeza de los Arabes; ahora nos toca buscar las de su decadencia.

II

CAUSAS DE LA DECADENCIA DE LOS ÁRABES

Muchos de los factores que acabamos de indicar para explicar las causas de la grandeza de los Arabes pueden servirnos también para ex-

plicar las de su decadencia. Basta introducir ese elemento importante que hemos llamado *el momento*, para ver cómo las cualidades más útiles producen los resultados más funestos. Lo mismo que ocurre en la vida de los individuos, ocurre en la de los pueblos. Las aptitudes de carácter ó de inteligencia que en un momento dado son causa de triunfo seguro, lo son en otro momento dado de un fracaso no menos cierto.

Ya he demostrado más arriba cómo aquellos instintos quimeristas y batalladores de los Arabes, que tan útiles les fueron en la época de sus conquistas, fueron nocivos cuando esas conquistas terminaron por falta de enemigos. Sus costumbres seculares de desunión volvieron á tomar el antiguo incremento, comenzando el fraccionamiento de un imperio cuya ruina ocasionaron al fin. Sobre todo sus disensiones intestinas les hicieron perder la Sicilia y España, pues únicamente sus perpetuas rivalidades permitieron á los cristianos arrojarlos de aquellos países.

Las instituciones políticas y sociales de los Arabes que indicamos como una de las causas de su rápido progreso, pueden igualmente aducirse como factores de su decadencia. Los Arabes no supieron conquistar el mundo sino el día en que á favor de la nueva religión predicada por Mahoma, se sujetaron al yugo de una ley fija, que era lo único capaz de reunir las fuerzas de la Arabia, antes diseminadas.

Pero este yugo de una ley rígida fué excelente mientras las instituciones del profeta pudieron continuar adaptadas á las necesidades de su pueblo; y así, cuando los progresos de aquella civilización exigían que se modificasen, el yugo de la tradición se había hecho ya demasiado pesado para desprenderse de él; y las instituciones del Corán, que eran la expresión de las necesidades árabes en tiempo de Mahoma, no lo fueron ya después de algunos siglos; pero como este libro era un código, á la vez que religioso, civil y político, y su origen divino lo hacía inmutable, no cabía modificar sus partes fundamentales. Las consecuencias de este desacuerdo trascendieron sobre todo cuando el poder de los Arabes comenzó á quebrantarse, y aparecieron reacciones religiosas, que con pretexto de regenerar el islamismo, quisieron volverlo estrictamente á la letra del Corán; al paso que en las épocas brillantes de los califatos de Córdoba y Bagdad, los musulmanes sabían muy bien imponer á los mandatos de

aquel libro las modificaciones que requerían las costumbres de los pueblos que lo adoptaban.

En ninguna parte se hizo sentir más hondamente que en las instituciones políticas de los Arabes el inconveniente de no poderlas modificar considerablemente. Esas instituciones que colocaban al frente de un imperio á un soberano revestido de todos los poderes militares, civiles y religiosos, eran evidentemente las únicas que permitían constituir con eficacia un gran imperio; bien que fuesen á la vez las que menos permitían consolidarlo. Esas grandes monarquías absolutas, en las cuales todos los poderes penden de una sola mano, no pueden prosperar sino teniendo al frente á hombres de prodigiosa capacidad; y el día en que éstos faltan, todo se hunde.

Uno de los primeros resultados del mal sistema político de los Arabes fué la desmembración de su imperio. Viéndose los gobernadores de las provincias, delegados de los califas, revestidos como ellos de todos los poderes civiles, religiosos y militares, quisieron luego gobernar por su propia cuenta; y como ningún otro poder contrabalanceaba al suyo, les era fácil alcanzarlo. El éxito de algunos animó á otros; con lo cual las provincias más importantes del imperio formaron luego reinos particulares y separados.

Este fraccionamiento tuvo consecuencias perjudiciales y útiles; perjudiciales, porque la desmembración debilitaba el poder militar de los Arabes; y útiles porque facilitaba el progreso de la civilización. Ni Egipto, ni España alcanzaran de seguro la prosperidad que sabemos, si no se hubiesen separado del imperio. Si hubiesen estado administradas por gobernadores siempre revocables, que no hubieran tenido interés en verlas prosperar, y sólo sí en enriquecerse; habrían llegado á ser lo que fueron más adelante bajo el mando de los gobernadores enviados por Constantinopla. La prosperidad de algunas de estas pequeñas monarquías independientes fué grandísima; pero todas sufrieron al fin la suerte de los antiguos imperios donde el poder militar, en vez de apoyarse en parte, como hoy, en la posesión de un material de guerra importante, no podía apoyarse más que en el número de los soldados y en el valor de éstos; por cuyo motivo bastaba una invasión cualquiera para echarlas abajo. La civilización suaviza las costumbres y cultiva el espíritu, pero como no desarrolla las costumbres militares,